

## *Madera Rebelde. Movimiento agrario y guerrilla (1959-1965)*

JESÚS VARGAS VALDÉS (2015).  
MÉXICO: NUEVA VIZCAYA. 356 PÁGINAS.



Alicia de los Ríos Merino  
ENAH / INAH Chihuahua

El 23 de septiembre de 2015 se cumplió el cincuenta aniversario de la madrugada en que el Grupo Popular Guerrillero (GPG) intentó asaltar el cuartel militar de Ciudad Madera, Chihuahua, en la serranía norteña mexicana. Fracasaron. De los trece combatientes, apenas sobrevivieron cinco jóvenes, quienes pudieron huir del lugar. Los cadáveres del resto, fueron exhibidos en el pueblo y sepultados en una fosa común, negándoles a los familiares el derecho de otorgarles un sepelio digno. En sus últimas imágenes, esos hombres yacen entre la tierra por la cual lucharon desde por lo menos cinco años atrás, cuando el movimiento campesino irrumpió con inusitada fuerza en un estado latifundista pese a la revolución de 1910.

Generalmente la historiografía ha abordado al GPG desde el frustrado asalto, considerándose el inicio de la guerrilla moderna en México. Sin embargo, este trágico evento no puede entenderse sin conocer la historia previa del agrarismo chihuahuense a lo largo del siglo XX, antecedentes que otorgan sentido a una radicalidad aparentemente huérfana o espontánea. De esas luchas anteriores campesinas se ocupó el investigador Jesús Vargas Valdés (Parral, 1946) en su libro *Madera Rebelde. Movimiento agrario y guerrilla (1959-1965)*. Aunque el autor nos anuncia una periodicidad, acudió hasta un origen decimonónico con una pregunta detonadora: ¿De quiénes eran estas tierras que tanta vida han costado? Con las empresas deslindadoras y el ferrocarril, inició en Chihuahua una historia de despojos y la conformación de enormes propiedades en manos de una elite asociada al poder. En las páginas de *Madera Rebelde* desfilan la hacienda, el latifundio, el cacique, el capataz, el guardia blanca, el administrador, el gobernador y hasta el presidente, piezas de un andamiaje de explotación capitalista sobre bosques, tierras, hombres y mujeres originarios de la región. Frente a ese escenario, el autor se encargó de reconstruir las rebeldías rurales.

Para su publicación, Jesús Vargas compiló y editó decenas de artículos publicados desde 1995 en su columna dominical de un diario chihuahuense. Sin pretensiones académicas y con alcances pedagógicos por la

sencillez de sus líneas, *Madera Rebelde* posee como hilo conductor las voces de dos protagonistas sobrevivientes del movimiento campesino: Salvador Gaytán Aguirre y Álvaro Ríos Ramírez, a quienes Jesús conoció en diferentes momentos y circunstancias diversas. Gaytán Aguirre fue integrante de una familia de trayectoria agrarista. Su padre Rosendo fue un impulsor y gestor empírico de la organización campesina frente a instancias gubernamentales. El entonces joven abogado Álvaro Ríos, llegó a Madera a principios de 1960 como integrante de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), debido al homicidio del delegado de esa organización en la región, el profesor Luján. El autor describe con detalle el mitin histórico sucedido en la plaza de Ciudad Madera al que llegaron otros personajes como Arturo Gámiz y los hermanos Raúl y Pablo Gómez para solidarizarse con el movimiento campesino.

En cada página son narradas las lógicas campesinas bajo las cuáles se demandó tierra y justicia. Como respuesta a los agravios expuestos, observamos la lentitud, corrupción y despotismo del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización (DAAC), órgano encargado de la reforma agraria. Ante la negativa de tierra buena, los campesinos invadieron grandes propiedades, la mayoría de veces simbólicamente, aunque hubo ocasiones en que las tomas se tornaron violentamente inhumanas debido a los cercos militares y el nulo acceso a alimentos y agua potable. La lectura del texto nos convierte en espectadores de las caminatas de cientos de kilómetros en el invierno extremo de Chihuahua, atravesando esa geografía donde el ganado valía por sobre las necesidades de miles de familias sin tierra y los caciques eran la ley. Entonces, no es difícil comprender el hartazgo de los lugareños al recibir como respuesta cárcel, engaños o muerte.

Vargas no omite los conflictos propios de los movimientos de masas y el tránsito de un grupo minoritario a la clandestinidad y la acción armada, aunque es cuidadoso del uso de información debido a su propia experiencia militante. Por ello es interesante observar

la perspectiva desde la cual analiza los testimonios de quienes sobrevivieron al cuartel militar, ya sea porque no pudieron llegar –como es el caso de Salvador Gaytán– o porque creyeron que la insurgencia no era la opción –postura de Álvaro Ríos–. Lejos de juzgar, nos dibuja las trayectorias de personajes como Judith Reyes –cantautora y periodista–, de los campesinos Salomón Gaytán, Antonio y Guadalupe Scobell quienes junto a los profesores Pablo Gómez, Arturo Gámiz y Miguel Quiñonez se convirtieron en insurgentes. Esos hombres que inicialmente la escasa historiografía presentó como ingenuos, desesperados o mártires, en *Madera Rebelde* se perfilan humanos y militantes de su época, con expectativas que trascendían la propiedad de la tierra: transformarían el mundo que les tocó vivir por medio de la revolución socialista. Ante

los múltiples señalamientos sobre una emulación de la experiencia cubana atacando un cuartel militar, el autor precisa el propósito de la acción del GPG: los soldados del ejército mexicano fueron cómplices del maltrato contra la población serrana.

Según el propio Jesús Vargas, en la investigación quedó pendiente de entrevistar a sobrevivientes indígenas pimas y rarámuris, el eslabón más vulnerable en la cadena de explotación y represión de las comunidades serranas. Esperamos que pronto esas voces sean incorporadas a *Madera Rebelde*. Indiscutiblemente, el texto es una contribución reveladora para comprender las formas en que la situación agraria del México posrevolucionario influyó en el surgimiento del GPG.